

MARÍA MORALES MORA

**FORMAS
DE DISPARAR
UN ARMA**



Macleín y Parker

Primera edición

Octubre de 2021

Del texto

© María Morales Mora, 2021

De la cubierta

© Marina Fernández, 2021
www.instagram.com/_marinafdz_

De esta edición

© Maclein y Parker, 2021
Pasaje Lagunas de Ruidera, 6
41701 Dos Hermanas, Sevilla
www.macleinyparker.com

Edición y corrección

Cecilia Ojeda y Antonio Abad (Maclein y Parker)

Diseño de la colección y maquetación

Antonio Abad (Maclein y Parker)

Impresión

Estilo Estugraf Impresores, S.L.
Impreso en España / *Printed in Spain*

ISBN: 978-84-123478-8-3

Depósito Legal: SE-1619-2021



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

Para César

Lo que hacemos, por qué se hace, cómo dibujamos un perro, quién es la persona por la que nos sentimos atraídos, por qué no podemos olvidar. Todo es *collage*, incluso la genética. Está la presencia escondida de otros en nosotros, incluso de aquellos a los que hemos conocido muy poco tiempo. Los contenemos para el resto de nuestra vida, sin que importen las muchas fronteras que cruzamos.

MICHAEL ONDAATJE, *DIVISADERO*

Mi vida había sido una escopeta
cargada.

EMILY DICKINSON, «POEMA 764»

PLANTEAMIENTO

Dispara a las piernas



El 12 de agosto de 2000, durante unas maniobras rutinarias en el Océano Ártico, el submarino nuclear ruso Kursk sufrió la explosión de uno de los torpedos alojados en su interior. El sumergible se hundió en segundos y, al tocar fondo, una segunda deflagración, motivada por el golpe, el combustible y el resto de las bombas que albergaba, provocó un seísmo de 3,5 grados en la escala de Richter. Dentro había 118 hombres, a 106 metros de profundidad en el mar helado de Barents.

Durante las primeras horas se registraron golpes provenientes del casco del submarino, en lo que se interpretó como un SOS de los supervivientes; sin embargo, el rescate inmediato se tornó imposible por una acumulación de malas decisiones tomadas una tras otra. No se comunicó adecuadamente la noticia ni al mando superior ni a las familias ni a la prensa. Para colmo de calamidades, la armada rusa no disponía de submarinos de rescate porque estos habían sido vendidos a empresas norteamericanas con la espuria finalidad de que turistas adinerados pudieran visitar bajo el agua los restos de otra tragedia, el Titanic. Ni siquiera el recién elegido presidente de Rusia, Vladimir

Putin, abandonó en un primer momento sus vacaciones. En una absurda demostración de fuerza, aderezada con orgullo patrio, tampoco se aceptó la ayuda internacional para tratar de rescatar a la tripulación aún con vida y no fue hasta el noveno día que buzos noruegos lograron abrir la escotilla del último compartimento del Kursk, el mejor conservado, para comprobar con horror que el agua lo había inundado por completo. Entre las víctimas se encontraba el oficial Dimitri Kolesnikov, en cuyos bolsillos se hallaron varias notas de papel. Una dirigida a su mujer, con la que llevaba casado apenas cuatro meses, y otra que dio la vuelta al mundo: «13:15. Todos los tripulantes de los compartimentos sexto, séptimo y octavo pasaron al noveno. Hay veintitrés personas aquí. Tomamos esta decisión como consecuencia del accidente. Ninguno de nosotros puede subir a la superficie. Escribo a ciegas».

Juan José Millás, en un conmovedor artículo publicado en *El País* del 3 de noviembre de 2000, narró este hecho como un ejemplo perfecto de la utilidad de la literatura, «una literatura que en situaciones extremas sale a presión, como por la grieta de una tubería reventada. La literatura sirve para contar y Kolesnikov lo consigue en una obra maestra de cuatro líneas».

En la tragedia la escritura estalla. Necesitamos de manera acuciante expresarnos, contar qué ocurre, qué sentimos o qué queremos decir por última vez. A veces, por primera. Para eso sirve escribir, para contar. Hubo más cadáveres recuperados con diversos mensajes manuscritos ocultos

entre la ropa. Se cree que estas veintitrés personas lograron aguantar con vida tres días tras el accidente, rodeadas de agua a cuatro grados y a oscuras.

Y, sin embargo, escribieron.

Los restos del Kursk fueron elevados a la superficie tres años después de su hundimiento. La última comunicación del submarino antes de la explosión fatídica resulta cruel y paradójica vista en perspectiva.

Listos para disparar.

Un arma, pensemos por ejemplo en un revólver, es a simple vista algo pequeño y en apariencia manejable. Podríamos decir, si no supiéramos para qué sirve, que es algo casi insignificante. Sin embargo, y sé de lo que hablo, un arma pesa lo suyo. Extender el brazo que sostiene una pistola no es fácil. Apuntar a un objetivo y dirigir hacia él el cañón con pulso firme antes de apretar el gatillo requiere de fuerza física, determinación, práctica y una capacidad, a veces innata y otras adquirida, para que en décimas de segundo sepamos evaluar parámetros tan dispares como la distancia, el equilibrio, la trayectoria que seguirá la bala e incluso —son estos los disparos más complejos— anticiparnos a un hipotético movimiento del blanco.

El primer disparo, por instinto, se da siempre con los ojos cerrados, pero hay que esforzarse por mantenerlos abiertos. Si los cierras de nuevo y vuelves a disparar, es fácil perder el control mientras alguien, desde otro lado, podría apuntarte a ti. Así es el juego. Te arriesgas a fallar, te arriesgas a acertar. Todo es riesgo. Y, aunque el mundo esté en guerra a tu alrededor, mientras apuntas tienes poder y

la íntima responsabilidad de influir en el destino, creando uno nuevo, modificándolo al menos.

Es peligroso y una locura.

Descolgué el teléfono y marqué el número fijo que aparecía en la página web. Me atendió Lola, quien me comentó con amabilidad que las clases empezarían el martes, que anotaba mi nombre y que solo tenía que llevar un cuaderno y un bolígrafo a la primera sesión. Le dije, lo recuerdo como si estuviera pronunciando ahora las mismas palabras, que solo iría a escuchar, que yo no escribía, que necesitaba (y me tragué las ganas de llorar porque sé que lo dije muy despacio para que no se me quebrara la voz) conocer gente.

Lola dijo que me entendía pero que estaba segura de que, al final, acabaría escribiendo. «Por 69 euros al mes», añadió, «te va a salir caro venir solo de oyente».